



XIV

EL Asia inmóvil es un desierto que ha devorado las ruinas de las antiguas ciudades, cuyas huellas no se conocen ya en la tierra, fecundada por su trabajo y ennoblecida por sus gigantes monumentos; los pueblos mahometanos, dueños un día del mundo que temblaba azorado bajo sus conquistadoras cimitarras, yacen hoy inmóviles, podridos hasta los huesos, con los ojos puestos en un libro que ha trazado infranqueable límite á su vida, límite contra el cual esa vida se estrella; las naciones más caballerescas de Europa, las más aristocráticas, las que nos defendieron como Polonia y Hungría, las que levantaron y ennoblecieron el comercio y el trabajo como Venecia,

han muerto, no son naciones, porque no acertaron á renovar con savia democrática sus viejas aristocracias; y España, el Job de los pueblos; España, que estuvo á punto de podrirse en el estercolero del absolutismo, ha podido incorporarse y andar, porque en vez de permanecer en el polvo adorando las viejas instituciones que la habían perdido, sacudió sus cadenas, trazó el código inmortal de sus libertades, volvió el rostro á su siglo para recibir en su faz el soplo regenerador de las grandes ideas, y sin temer las tempestades que se desencadenaron sobre su frente, se lanzó á lo porvenir con el mismo arrojo con que se lanzara en otro tiempo al ignorado Atlántico en pos de un nuevo mundo, y de este gran arrojó nació nuestra salvación; que los pueblos que no se renuevan se condenan irremisiblemente á la esclavitud, y por la esclavitud, á la muerte.

(De *La Civilización de los cinco primeros siglos del Cristianismo*. Tomo IV, páginas 172 y 173. 1858-62.)



XV

NO de los sentimientos más profundos y más vivos del corazón humano, es el amor á la patria. Al suelo en que nacimos, ligamos involuntariamente nuestros amores, nuestros ensueños, nuestras esperanzas, toda nuestra vida. Aunque por nuestro espíritu, por nuestras ideas, seamos más libres que el aire, y nos dilatemos en el seno de lo infinito, por nuestros sentimientos, por nuestros recuerdos, nos unimos á la patria como el árbol agarra fuertemente sus raíces á la tierra en que ha brotado. Síntesis el hombre de la naturaleza y del espíritu, que en su ser se penetran y se armonizan: si por su inteligencia, por su razón, pertenece al mundo de las ideas, donde reina lo incondi-

cionable y absoluto, por su organismo pertenece á la tierra, y ve en sus átomos los filamentos de su carne, la medula de sus huesos, y se une tan fuertemente á ella, como el alma está en nosotros unida, con lazos misteriosos é inquebrantables, al cuerpo; y de aquí esos heroicos sacrificios que los hombres de todos tiempos y países han fieramente arrojado por la patria, sacrificios de que se encuentran mudos pero elocuentes testimonios en todas las páginas de la humana historia. Cuando recordamos absortos que en la tierra del suelo patrio yacen las cenizas de nuestros progenitores; que en su seno hemos de levantar los hogares de nuestros hijos; que su clima, sus ríos, sus montañas, determinan hasta nuestro carácter; que su historia nos identifica con todos los tiempos y dilata en lo pasado el breve suspiro de vida que nos toca en suerte, la patria se nos ofrece como el único templo en que puede arder el fuego de nuestro espíritu. Y si no, observad esas razas desgraciadas que no tienen patria, que andan errantes y dispersas por el globo, porque la fuerza bruta ha segado el árbol donde anidaban sus corazones, observadlas, y ve-

réis la tristeza pintada siempre en su rostro, las lágrimas luciendo siempre en los ojos, la desesperación hirviendo siempre en su pecho; y así viven vida lánguida y triste, y mueren muerte lastimosa, porque ni siquiera tienen el consuelo de mezclar sus cenizas con las cenizas de sus padres. El espíritu del hombre no ha nacido para vivir y morir en sí, encerrado en su frío egoísmo, sino para crecer y dilatarse en el seno de la familia, de la patria, de la humanidad, que son grados de nuestra vida. Todo lo que está en armonía con la ley de la naturaleza, es justo. Por eso los pueblos han sembrado de flores el arca donde se consuman grandes sacrificios por la patria; por eso la historia guarda sus más espléndidas coronas para los héroes y los mártires de la patria; por eso el más disculpable de los fanatismos es el fanatismo patriótico. ¡Oh! Sea la que quiera la suerte de nuestra patria, ora se levante emporio de la grandeza, ora caiga más abatida aún, nosotros, los que nos gloriamos de ser sus hijos, le consagramos siempre los sentimientos más vivos del corazón, la miramos como la tumba sagrada que encierra todo cuanto de

grande y caro nos ha precedido en el tiempo, le ofrecemos contentos la vida que nos ha dado, y pediremos á Dios que nos consienta morir en su regazo, retratar en nuestra última mirada sus claros cielos, y reposar donde reposan nuestros padres.

(En *Miscelánea de Historia*, año de 1859.)



XVI

HE concluído, señores, he concluído. Os he dado consejos con el corazón, y ahora mismo no puedo recopilar y resumir todo lo que he dicho. Pero vosotros, los destinados á ilustrar esta sociedad, además de las ideas morales, cristianas y de amor al trabajo que debéis aconsejar á vuestros alumnos, además de estas ideas, no dejéis nunca de infundirles el amor vivo, profundo, á la nación española, á esta tierra sagrada que los navegantes fenicios y griegos saludaban desde la popa de sus naves llamándola el lecho del sol, la estrella de la tarde; que recibió del celta la gravedad y el valor, y del ibero la gracia y la armonía de su carácter; que fué cuna de los hombres más

grandes del imperio romano, cuando todo el antiguo mundo estaba exhausto; que unió, antes que ninguno otro pueblo, el genio inquieto de los bárbaros con los restos de la civilización romana; que fué querida y hermo-seada por los árabes como el Edén prometido por sus profetas; que, mártir de la civilización universal, contuvo en su pecho las irrupciones de los pueblos bárbaros del África, cuyo álito, ardiente como el simoun, hubiera secado el árbol de la civilización Europea; que tuvo en Castilla libertades democráticas antes que Italia, y en Aragón libertades constitucionales antes que en Inglaterra; que al finalizar la Edad Media descubrió el camino del Asia, doblando audaz el cabo de las Tormentas con las naves portuguesas, y leyó con el genio de Colón el secreto de Dios en la soledad del Atlántico, dando un nuevo mundo á la tierra; que salvó, mientras Europa se preocupaba con las cuestiones metafísicas y religiosas, el cristianismo y la civilización en las hirvientes aguas de Lepanto; que protestó contra la esclavitud de Polonia, y peleó por los derechos de la primera república que se levantó en América; que en-

señó á los pueblos á principios del siglo á derribar en el polvo los conquistadores; tierra sacratísima en que reposan las cenizas de nuestros mayores, y que en el dulce nombre de patria resume todos los amores y todas las ideas de la vida; tierra que nuestros padres amasaron con sangre, y que vosotros debéis fecundar con el rocío del trabajo.

(De un discurso pronunciado en el Fomento de las Artes la noche del 27 de Junio de 1861.)



XVII

POR dicha, en estas Asambleas reina una perfecta igualdad: los más grandes no lo son tanto como aquellos á quienes representan: los más pequeños crecen en virtud de los poderes que traen: todos toman la estatura de las ideas que se consagran; las reputaciones más ilustres se oscurecen y las más modestas se abrillantan en la majestad de las Asambleas, porque todos, con distintos merecimientos, con iguales títulos, representamos aquí el nombre inmortal, el nombre sagrado de la patria.

Señores diputados: no sé por qué, al pronunciar esta palabra patria, extraño sentimiento me sobrecoge. Yo no lo expresaría en este sitio, si la expresión de este senti-

miento no condujera directamente al objeto de mi discurso. Yo no os lo comunicaría tampoco si este sentimiento no me fuera común con muchos miembros de la mayoría, con algunos individuos del Gobierno provisional. Nosotros, los que hoy representamos la majestad de la patria, ayer no teníamos patria. Nuestros nombres se hallaban confundidos en las mismas sentencias de muerte. Aquí, en el suelo querido, en el hogar consagrado por la sombra de nuestros padres, sólo nos aguardaba el verdugo. Nosotros arrastrábamos por las orillas de extranjeros ríos nuestra alma desolada con las tristezas del destierro, que tiñe de colores de hiel todos los objetos.

¡Cuántas veces nos encontramos algunos de los actuales ministros y yo en aquellas grandes ciudades llenas de seres, y, sin embargo, para nosotros desiertas! ¡Cuántas veces decíamos: Es verdad, todo el planeta es tierra, pero no es la tierra cuyo jugo llevamos en nuestras venas; toda la atmósfera es aire, pero no es el aire que ha mecido nuestra cuna; todo el sol es luz, pero no es aquella luz de la cual llevamos un beso inmortal en

la frente; todos los hombres son nuestros hermanos, pero no son aquellos hermanos que expresan su pensamiento en la amplia y sonora lengua española; y después de haber visto las ciudades más populosas; después de haber contemplado los monumentos más grandiosos; después de haber departido con los genios más eminentes de Europa; después de haber presenciado el movimiento de las ideas en Alemania, el movimiento de las máquinas en Inglaterra, el esplendor de la libertad realizándose en Suiza más sublime todavía que las eternas cimas de los Alpes; después de haber recorrido los campos de Italia entre aquellas estatuas que parecen exhalar aun de sus labios de mármol los versos de los antiguos poetas y los diálogos de Platón, los ojos se volvían tristes á la tierra donde el sol se pone, y habríamos dado nuestra existencia por vivir algunos momentos en medio de nuestros compatriotas, por tener la seguridad de que nuestros huesos no habrían de estar más fríos y más solitarios, en tierra extranjera, sino que habrían de venir aquí á confundirse con los huesos de nuestros padres, aunque sólo tuvieran por epita-

fio, la hierba de los campos, y por asilo una ignorada sepultura, que nada hay tan grande y tan sublime como el amor á la patria.

(Del primer discurso que pronunció en el Parlamento el 22 de Febrero de 1869.)



XVIII

Y os suplico que no os equivoquéis sobre esta reflexión patriótica á que os invito. Yo no tengo, yo no puedo tener, yo no he tenido nunca odio al extranjero; yo soy hombre de mis tiempos, yo soy hombre de Europa, yo tengo especialmente una grande estima y una alta idea de la nación francesa. Pero os digo que el lazo nacional más fuerte no es la lengua. Belgica y una parte de Suiza hablan francés, y no quieren ser francesas. El lazo nacional no es la geografía. Nuestro territorio se confunde con el territorio de Portugal, y Portugal no quiere ser de España. El lazo de la nacionalidad son las glorias comunes; el lazo de la nacionalidad son los comunes recuerdos.

¿Sabéis quién se opone á la unión de España y Portugal? Se opone Vasco de Gama, Alburquerque; se opone el poema de Camoens. ¿Sabéis por qué los españoles amamos tanto á esta nuestra grande nacionalidad? ¿Sabéis por qué la amamos tanto á pesar de la diferencia de provincias y del federalismo natural de nuestra patria? Pues la amamos tanto, porque todos estamos orgullosos de nuestros escritores; todos de nuestros pintores; todos de nuestras batallas; todos de nuestras armas; todos de nuestras glorias; todos de aquellos navegantes que sembraron de hazañas desde el Golfo de Méjico hasta el Golfo de Lepanto, y de aquellos guerreros que llegaron desde Aragón á las puertas de Asia y descubrieron la América; todos de aquella epopeya grande, de aquella epopeya inmensa, llamada la nación española, que no cabiendo en el viejo mundo, donde habían cabido las hazañas de Roma y de Alejandro, tuvo que ensanchar la tierra para que la tierra fuese capaz de contener su grandeza.

¿Qué? ¿Qué significan todas esas glorias? Señores diputados, ¿qué significan? ¿Sobre qué las hemos conquistado, sobre qué las

hemos cimentado? Sobre el odio, sobre la guerra, sobre la implacable saña á todos los franceses. Las hazañas de Pedro de Aragón en Italia, fueron contra los franceses; las hazañas de Alfonso V, contra los franceses; las hazañas de Pavía, contra los franceses; las hazañas de la época en que peligró nuestra nacionalidad, las hazañas de la guerra de la Independencia, contra los franceses. Esto podemos olvidarlo, debemos olvidarlo, tratándose de franceses que quieren ser nuestros hermanos; pero no tratándose de un francés que quiere ser nuestro amo. ¿Intentaréis, pues, traer un francés y ponerle al frente de la patria? Jamás lo consentirán los huesos de nuestros padres, que se levantarán por sí solos contra vosotros para protestar abiertamente contra ese rebajamiento, contra esa degradación de nuestra patria.

(Del discurso pronunciado en el Parlamento el día 24 de Enero de 1870, pidiendo la inhabilitación de los Borbones.)



XIX

VENIMOS á ejercer el ministerio de la predicación pacífica y legal que creemos saludable en nuestra España. Al escribir este santo nombre, el corazón se siente movido de aquella gran pasión del patriotismo que ha inspirado tantos y tan gloriosos sacrificios. La patria nos da desde la sangre que corre por nuestras venas y la vida que anima nuestro ser, hasta la palabra en que se engarzan nuestras ideas, y el arte en que se ilumina nuestra fantasía. En esta tierra, empapada con tanta sangre de nuestros padres, con tantas lágrimas de nuestras madres, yacen todos los seres que son sagrados en la memoria y viven todos los seres que son caros al corazón. En medio de nuestras des-

gracias, más afortunados que los hijos de Polonia y de Venecia, aun tenemos patria. Y es nuestra patria una de esas gloriosas nacionalidades, tan grande en las artes de la guerra, como en las artes de la paz, cuyas hazañas han fatigado á la historia, cuyo imperio ha fatigado á la tierra. El mundo antiguo sería hoy esclavo del fatalismo musulmán, si no lo hubiera salvado el valor de España: el nuevo mundo yacería ignorado en los abismos del Océano si no lo hubiera descubierto el arrojo de España. Esta nación cumplirá aún grandiosos destinos en el mundo. Todas las nacionalidades tienen una idea viva, y un carácter propio. Polonia y Hungría han sido las naciones caballerescas del Norte, las que han salvado á Europa de temibles irrupciones, las dos cruzadas que han servido la causa de la civilización en grandes momentos, inolvidables para el mundo. Alemania ha elaborado todos los elementos de libertad, desde el sentimiento individual que traían sus tribus, hasta la libertad de la razón humana que han proclamado sus filósofos y sus mártires. Inglaterra es el país que ha enseñado la práctica de la libertad y las relaciones eco-

nómicas; es la gran nación del positivismo, cuyo único criterio es la experiencia, cuyo único numen es la historia. Francia ha sido el tribuno de los pueblos, el verbo de todas las ideas, la nación que se ha sacrificado mil veces por detener ó acelerar el movimiento de la humanidad, la cual no se ha apoderado de una idea hasta que Francia la ha infundido en su conciencia. Italia ha sido á un tiempo la señora y la esclava de todos los pueblos, la nación á quien todos los poderosos han creído dominar por la fuerza, y que los ha dominado á todos por su inspiración.

Pues bien, este país que habitamos es el glorioso país de la fe y del heroísmo; se muchas veces en lo imposible, pero se siempre viva y pura. Por eso ha sido el país de los milagros, el país de la cruzada de siete siglos, el país del descubrimiento y la conquista de América, el país de Lepanto, el país de la guerra de la Independencia, el país único donde la igualdad está hoy en los sentimientos y en las costumbres, el país en que mañana vivirá con más realidad la democracia. Y este país tiene fuera de sí grandes,

inmensas relaciones de vida que llenar. El Africa está pidiendo á nuestras manos el bautismo de la civilización. La América está pidiendo á nuestra voz y á nuestra palabra que representemos sus derechos en los consejos de Europa. América nos odia cuando aparecemos á sus ojos como restauradores de un gobierno imposible, como negando el hecho providencial de su independencia; pero nos bendice cuando aparecemos á sus ojos como hermanos, como hijos de una misma raza, como nobles continuadores, por la libertad y la fraternidad, de la antigua civilización española. No, no olvidan los americanos que nuestro fué el milagro de su aparición en la historia, que nuestros padres son sus padres, que nuestra habla es su habla, que su vida misma es la dilatación de nuestro espíritu en el Nuevo Mundo.

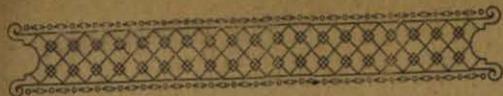
Contra lo que ellos protestan, y protestan con razón, es contra el espíritu ciego de nuestros gobiernos, que mientras no han querido pactar ni un tratado de comercio, ni un tratado literario con aquellas repúblicas, y no han querido tener ni siquiera un correo directo que nos comunicara con aquellos pe-

dazos de nuestra patria, han favorecido en todas partes el pretorianismo que los azota, y la teocracia que los esclaviza. La primera vez que un español ha dado muestras de abrigar sentimientos liberales en su pecho, ha recibido copiosas bendiciones de todos los americanos. Dígalo nuestra última expedición á Méjico. Nosotros, que tantas muestras de aprecio debemos á los americanos y que por espacio de nueve años hemos peleado desde Europa, en su prensa, por la causa de sus libertades, podemos asegurar á los españoles residentes en América, que defenderemos sus derechos, y á los americanos, que proclamaremos su unión fraternal con la generosa España. Y al mismo tiempo trabajaremos con todas nuestras fuerzas, sin descanso, para que nuestro régimen colonial se abra al aliento poderoso del siglo. Cuando descubrimos aquellas feraces regiones que forman parte integrante de la patria, les dimos nuestro mismo gobierno, y leyes aun más pródigas que las leyes de la metrópoli. ¿Por qué los adelantamientos del siglo no han de llegar á nuestras colonias? ¿Por qué no hemos de darles un gobierno propio, una

administración liberal y voz y voto en nuestras Asambleas; derechos preciosos que los unirían fuertemente á la madre patria? Nosotros, en este sentido trabajaremos con noble empeño, con el pensamiento puesto en aquellas hermosas Antillas, tan leales á España, tan dignas de libertad por su civilización y por la nobleza de su carácter. Y no dejaremos este punto, sin recordar que igual empeño pondremos en acelerar la unión anhelada de España y Portugal. Juntos vivimos bajo el yugo romano, juntos en el seno de la monarquía visigoda; á la sombra de unas mismas enseñas, peleamos durante la Edad Media; guiados por una misma fe, dimos á Europa el mundo de lo pasado, Asia; y el mundo de lo porvenir, América; en las costas de Africa hemos contado victorias y derrotas por una misma causa, el absolutismo austriaco nos marcó á todos con su sello: en el presente siglo hemos peleado á un tiempo por la patria y por la libertad; y nuestras almas deben ser una, como es una nuestra historia, una nuestra vida, uno el cielo que nos cubre y uno el Océano que convertimos, merced al arrojo de nuestros navegantes, en lago

encantado de hazañas, de leyendas y poesías.

(De las *Cuestiones Políticas y Sociales*. Tomo III, página 40, año de 1870.)



XX

QUIÉN no reconocerá esta hermosa nacionalidad que se llama España? Extendida entre las cimas del Pirineo y el Océano; guardada por dos mares: la estrecha de los fenicios, los campos Elíseos de los romanos, el edén de los árabes; cada pueblo ha dejado en su suelo un monumento; cada raza en su espíritu un rasgo; y toda su vida es una luz inextinguible en la humana historia. España fué el Dorado de la antigüedad. Cuando aparece en la escena de la civilización, el oro y la plata de sus ricas minas cambian las relaciones mercantiles del mundo. En sus costas meridionales, encontraron los griegos la adelfa y el mirto de sus rientes dioses, y en las crestas de sus montañas

del Norte, encontraron los celtas las encinas y las piedras para levantar los templos á sus sangrientas divinidades. Dos siglos consumió la Roma aristocrática en domeñar á España: dos siglos en que la hicimos temblar cien veces, con Viriato, con Numancia, con Sestorio, con los vascos y los astures. Cuando vino el imperio, España fué más grande por sus ideas, que Roma por sus armas. El primero entre los emperadores, Trajano, fué español; el primero entre los poetas, Lucano, español; el primero entre los filósofos, Séneca, español; el primero entre los didácticos, Columela, español; el primero entre los retóricos, Quintiliano, español; el primero entre los satíricos, Marcial, español; de suerte que, dominada España por la fuerza, fué dominadora por la inteligencia. En la historia moderna, si suprimierais su vida, suprimiríais la civilización. Ella unió, antes que ningún pueblo, el espíritu social de los latinos con el espíritu individualista de los germanos, en sus códigos y en su iglesia; ella venció en Covadonga y en Calatañazor á los árabes vencedores del mundo, y desvaneció, entre el ruido de las breñas de Roncesvalles,

el sueño reaccionario del nuevo imperio romano de Carlo-Magno; ella contuvo á los almoravides y á los almohades cuando se levantaban en alas de la guerra, como las arenas del desierto en alas del simoun para apagar la civilización cristiana; ella heredó el destino del imperio en los campos de Italia, cuando se rompió el cetro cesáreo en las manos del último mártir de la casa de Suavia, y en el Bósforo sostuvo y fortificó en sus últimos días el vacilante imperio bizantino; de sus costas lusitanas salieron las naves que juntaron la India, la cuna de la humanidad, á Europa, y de sus costas andaluzas las naves que, lanzándose al inexplorado Atlántico, descubrieron la tierra de lo porvenir, América; sin Lepanto, el Mediterráneo sería un lago de los serrallos del Turco; y sin Bailén, el Dos de Mayo y Zaragoza, Europa entera el pedestal de Napoleón, la herencia de sus descendientes, ó, como la antigua Roma, la gran prostituta de los nuevos Césares.

.....
 ¡Qué epopeya la guerra de la Independencia! ¡Si pudiéramos olvidarla, que perda-

mos antes mil veces la memoria! ¿Y cómo sería posible cuando á ella unimos los nombres de nuestros primeros poetas, y los acentos de nuestros más hermosos cánticos; cuando de ella surgió nuestra libertad, y el código inmortal de 1812; cuando por ella sabe Europa que nuestra nacionalidad no puede morir? Será imposible que olvidemos el Dos de Mayo, muros de Zaragoza y de Gerona, los campos sagrados donde brotó de nuevo la patria; las maravillas de la guerra de la Independencia. ¡Cuántas veces, en las largas veladas del invierno, al amor de la lumbre, hemos recogido el relato de la guerra, de labios de nuestros abuelos, y nos ha parecido oír en las ráfagas del viento la voz de los mártires, que nos excitaban á imitar su ejemplo, si alguna vez peligrara la independencia de nuestra patria! Sobre aquellos mares de sangre, sobre aquellos montones de huesos, sobre el ara de tan grandes sacrificios, está fundada nuestra nacionalidad.

.....
 ¡Héroes del Dos de Mayo, de Zaragoza,
 de Gerona, de Bailén, de Talavera, por vos-

otros tenemos patria! ¡Ah! ¡Patria! ¡Patria!
 Aunque sólo tuvieras en tus anales, que han fatigado á la gloria, la guerra de la Independencia, serías llamada siempre la redentora de las naciones!

(De sus *Cuestiones Políticas y Sociales*, Tomo III, página 72, año de 1870.)



XXI

NUESTRA democracia es, no solamente cristiana, sino también española. Patria mía, tú, que me has dado la primera luz de la vida y que guardarás en paz mis cenizas, porque no puedo creer que Dios me condene á morir, cuando tanto te amo, lejos de tu hermoso seno; tú, que has producido, alimentado á todos los seres que amo; tú, que has inspirado mis sentimientos, mis ideas; tú, la más grande, la más heroica entre todas las naciones; tú, mártir de la historia, que por espacio de siete siglos estuviste dando tu sangre para salvar á Europa de la barbarie; tú, que descubriste en el seno de los mares un mundo tan hermoso como tu rica inagotable fantasía, y plan

taste allí el árbol de la cruz; tú, que en las Navas libraste al mundo de la cimitarra de los almohades, y en Lepanto de la cimitarra de los turcos; tú, que venciste á Carlo-Magno, el guerrero más grande de la Edad Media, á Francisco I, el guerrero más grande del Renacimiento, y á Napoleón, el guerrero más grande de la Revolución; tú, levántate y di á los que te calumnian, ó á los que creen que has nacido para la esclavitud, díles que tu libertad es tan hermosa y tan clara como tu sol; que tu historia es un continuo sacrificio por la emancipación progresiva del hombre; que antes querrás ver á tus hijos muertos, como los has llorado tantas veces desde Sagunto hasta Zaragoza, que verlos arrastrando la vil cadena del esclavo.

.....
 Este amor de la patria, de la independencia que en España existe desde los primeros días de nuestra historia, prueba que estos pueblos son libres. Siempre que un pueblo enemigo viene á tocar nuestros patrios lares, el español se levanta y le hiere en el corazón. La libertad de la patria es nuestra diosa, es nuestro eterno inagotable numen. Viene

él cartaginés, é Indostes, é Istolacio, caen á sus plantas exánimes, prefiriendo morir á ver esclava su patria. Vienen los romanos é Indivil y Mandonio, dan su sangre por la libertad y la independencia. El hijo del pueblo, en la cruz, lejos de mostrarse demasiado débil, entona un cántico de victoria que se pierde en el cielo. El primer símbolo de nuestra nacionalidad, no es un sacerdote, ni un guerrero, ni un príncipe; es un pastor. Las crónicas romanas hablan con espanto de este héroe, que por su esfuerzo gigante engendraron las entrañas de la madre España. Su nombre es Viriato. Pastor y sencillo como pastor; avezado á las luchas; frugal, independiente; respirando con gozo el aire de la libertad; reuniendo en torno de su enseña todas las tribus, todas las gentes; amando las montañas como el águila, y las selvas como el león; generoso con el vencido, cruel en la batalla; más grande que sus enemigos, los señores del mundo; apasionado, no sólo de su cuna y de su hogar, sino de toda nuestra privilegiada tierra; gustando de los combates, de la tempestad y de los huracanes; sereno en el peligro, como en su elemento, y

mal hallado con la paz y el regalo: Viriato; el campesino, el pastor, el hijo del pueblo, contiene á los ejércitos vencedores de todas las razas, rompe sus huestes, las desbanda, huye su presencia con la rápida ligereza de la niebla, y vuelve á encontrarlos, descargando su espada centelleante como un rayo; burla á los primeros capitanes del mundo; logra que el Senado Romano, rey de los reyes, le pida la paz y se humille en su presencia, y obliga á sus enemigos á que apelen á la traición para vencerle; mostrando así eternamente las virtudes, la fuerza, el valor que guarda en su pecho nuestro heroico pueblo. Y este ejemplo no fué perdido; los cántabros y los astures aplastaron bajo las piedras de sus montañas el águila romana, y si vencidos, lo fueron más por el destino que por sus enemigos, y si esclavos, huyeron de la esclavitud, refugiándose en brazos de la muerte. Cuando acaba la República romana, acabó la eterna guerra de España. El imperio romano, lejos de contrariar las tendencias y el carácter de nuestra patria, como su obra era la obra de la nivelación de todas las razas, de la igualdad de todas las gentes,

contribuyó y no poco, á dar este carácter de igualdad á nuestra raza, que es su rasgo más distintivo y acabado.

(De la obra *Fórmula del Progreso*. Tomo I, pág. 21, año de 1870.)



XXII

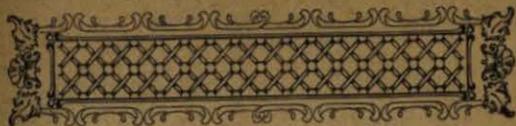
YO, en mi amor á este suelo, en el cual tengo las raíces de mi vida, los huesos de mis padres, y en el cual pienso dormir el sueño de la muerte; yo, viendo el error y la tenacidad en el error de que están poseídos nuestros Gobiernos, yo no me atrevo á pedir á los hombres, sino á Dios, que evite á España el cáliz amarguísimo de una pasión semejante á la pasión de Polonia.

.....
Recorred nuestro suelo, y no encontraréis piedra que no lleve una señal de esta idea, que es como el fuego creador de la nacionalidad española. Recorred nuestras provincias, y no encontraréis ninguna que no haya aportado algo á la independendencia nacional.

Los vascos se creen brotados como las plantas en aquel suelo; dan á su lengua la ancianidad del hombre y á sus repúblicas la ancianidad de la tierra, y se jactan de no haber mezclado jamás su sangre con extranjera sangre; los cántabros y los asturianos recuerdan que ellos fueron los últimos en postrarse ante los antiguos Césares, y los primeros en declarar la guerra á los Césares modernos; los gallegos saben que con sus hondas dispersaron á los normandos y con sus chuzos contribuyeron á rescatar á Portugal; Castilla cree que el más grande entre sus hijos es el guerrillero que mató más soldados conquistadores, y Navarra que es Mina el primero de sus hijos; Madrid sólo celebra el Dos de Mayo; Andalucía no enseña sus preseas artísticas, sino en los montes, las Navas; al comienzo de las llanuras, Bailén, y allá, más lejos, en los límites del horizonte, Cádiz; Valencia guarda su Sagunto, Aragón su Zaragoza, Cataluña su Gerona; y por eso cuando los pueblos padecen; cuando los conquistadores vienen; cuando la independencia de las nacionalidades se eclipsa; cuando Fichte quiere despertar á los alemanes con-

tra Napoleón, ó Víctor Hugo á los franceses contra el rey Guillermo; cuando Byron toma en una mano la lira de Tirteo y en la otra la espada de Leonidas para salvar la independencia de Grecia, todos los hombres, todos los pueblos, lo mismo los cosacos de Moscow, que los atenienses de París, todos vuelven hacia esta tierra los ojos, y todos enseñan, mostrando á los suyos nuestras ruinas humeantes, cómo se pelea contra los invasores, y cómo se muere por la libertad y por la patria.

(Del discurso pronunciado en el Parlamento el día 3 de Noviembre de 1870.)



XXIII

HABÍA, señores diputados, había un gran sentimiento ofendido con razón: había un gran sentimiento rebajado por vuestras ideas políticas, y era un sentimiento muy vivo, señores diputados, era el amor patrio. El amor á la patria está unido al sepulcro de nuestros mayores; el amor á la patria está unido al hogar donde vimos con la primera luz la primera sonrisa de nuestra madre; el amor á la patria está unido á todos los lugares, á todos los sitios consagrados por los recuerdos, por las ilusiones, por las primeras esperanzas; el amor á la patria está unido á nuestra familia, porque en este suelo se ha criado y ha crecido bajo las celestes alas de ese puro horizonte; el amor á

la patria está unido á nuestro espíritu, porque no podemos expresar las ideas más que en la lengua de nuestros padres; el amor á la patria está unido á nuestro culto, á las artes, porque sólo nos suenan bien aquellos poetas nacionales que oíamos leer en nuestro hogar, el amor á la patria está unido al sentimiento de la inmortalidad, porque deseamos que nuestros huesos descansen en esta tierra mejor que en tierra extranjera, aunque estén solitarios y no tengan ni más epitafio que la hierba de los campos, ni más llanto que el rocío del cielo; el amor á la patria está confundido con todos los amores de nuestra existencia.

Y cuando la patria es la nación española, esta nación celosa de su independencia y de su libertad; esta nación que ha visto con horror el nombre de Sagunto sustituido por un nombre extranjero; esta nación que peleó tres siglos con los romanos y siete siglos con los árabes; esta nación que venció á Carlo-Magno, el mayor guerrero de la Edad Media, en Roncesvalles; á Francisco I, el gran guerrero del Renacimiento, en Pavía, y á Napoleón, el gran capitán de los tiempos

modernos, en Bailén y en Talavera; esta nación, cuya gloria no cabe en los espacios, cuyo genio tuvo, como Dios, fuerza creadora para lanzar un nuevo mundo, una nueva tierra en la soledad del Océano; esta nación que cuando iba en su carro de guerra veía tras sí á los Reyes de Francia, á los Emperadores de Alemania y á los Duques de Milán seguir humildes sus estandartes; esta nación de la cual eran alabarderos y nada más que alabarderos, maceros y nada más que maceros, los pobres, los oscuros, los hambrientos duques de Saboya, los fundadores de la dinastía... (*Grandes aplausos. Extraordinaria animación en toda la Cámara.*)

(*El presidente, Olózaga, interrumpe al orador y se entabla una discusión sobre el derecho del diputado á exponer sus ideas, y la amenaza del presidente á retirarle la palabra después de tres llamadas al orden. La tenacidad de Castelar por completar su pensamiento, todavía logró decir lo siguiente:*)

Yo no creo haber faltado en nada á la Constitución; yo me refería á la historia, y hasta en los tiempos de Nerón, hasta en los tiempos de Calígula, ha sido libre la historia;

y si no lo hubiera sido no escribieran las abominaciones de los tiranos Tácito y Gue-tonio. Yo decía una verdad; yo decía que Filiberto de Saboya; yo decía que Carlos Manuel de Saboya; yo decía que los duques de Saboya seguían hambrientos y pobres al carro triunfal de nuestros mayores.

(Del discurso pronunciado en el Congreso el día 20 de Abril de 1871, juzgando la política general del Gobierno con motivo del acta de Balaguer.)



XXIV

Y para curar estos males de nuestra Administración, íbamos á buscar remedio á Italia.

Yo soy justo. Italia nos gana en sentido estético, nos gana en artes plásticas, nos gana hasta en sentido científico, porque nosotros desgraciadamente no hemos tenido ni un Galileo, ni un Volta, ni un Galvani; pero en sentido moral ni ahora ni nunca nos ha ganado Italia. La escuadra surcaba con rumbo á las playas italianas el Mediterraneo, el mar que en cada ola guarda un recuerdo gloriosísimo de las hazañas españolas. Pero no iba como la escuadra de Pedro III á ganar batallas en Nicotena y en Catania, á libertar á Palermo de los angevi-

nos, á vencer en Sicilia; no iba como la escuadra de Roger de Flor á socorrer á Constantinopla, á grabar en Atenas y en el Asia nuestro glorioso nombre y nuestras luminosas barras; no iba como la escuadra de Alfonso V á iluminar con los resplandores de nuestras glorias las costas hermosísimas de Parténope; no iba como las escuadras de los Reyes Católicos y de Carlos V á llevar á Italia el heroísmo de Gonzalo de Córdoba y á traer de Italia la poesía y la inspiración de Garcilaso; no iba como la escuadra de D. Juan de Austria y del Marqués de Santa Cruz á libertar en las hirvientes aguas del golfo de Lepanto, llevando entre sus soldados un Cervantes, á libertar de la amenazadora argolla turca la rica Génova, la oriental y orgástica Venecia; no iba llamada por los Prócidas y por los Dorias y por los Dux y por los señores italianos, y bendecida por los pueblos españoles; no; iba á decir á los Reyes de Cerdeña, de aquella isla apenas perceptible en el mapa inmenso de nuestros dominios, á los Reyes de Cerdeña, pajes de nuestra corte, soldados de nuestro ejército, que en el territorio nacional, esparcido to-

davía por las cuatro partes del mundo, resto de aquel imperio mayor que el imperio de Dario, de Alejandro, de César, no hay ni un solo español, ni uno solo, que sea digno de ceñir ¡oh mengua! á sus sienes la Corona de España.

(Del discurso pronunciado en el Parlamento, los días 22 y 23 de Junio de 1871.)